



## Paraísos naturales y artificiales

Ángel Fernández Benítez

Los paraísos suelen dejar de serlo al cabo de habitarlos un tiempo; pero una vez perdidos constituyen para quien consiguió habitar uno de ellos una referencia constante a lo largo de toda la vida. Sin duda, su recuerdo provocará una nostalgia difícil de soportar. Igual da que los paraísos se materialicen como lugar geográfico o como fruto de una relación con otros seres humanos, incluida la que proporciona el vínculo idílico que llamamos amor; éste es el origen de los dos famosos paraísos de Milton: *The lost paradise* y *Paradise regained*, ambos provocados por las experiencias matrimoniales de su autor. Por supuesto, hablo de paraísos verificables.

A lo largo de la historia de la Literatura nos encontramos con un largo catálogo de paraísos de toda índole. Podemos empezar por el que se llamó Edén, fraguado quizá como mito aclaratorio de la mismísima humanidad del hombre, cuando éste asume su capacidad de prever el futuro al saltarse la norma que rige dicho paraíso: la inocencia; a la vez que adquiere con dicha capacidad la angustia que tal previsión conlleva. Es el prototipo de paraíso inhabitable, no sólo por ideal, sino por imposible, pues exigiría al hombre prescindir de su propia naturaleza: la curiosidad, la previsión, la adaptación al terreno, en fin, su *inteligencia creadora*. Así es que este paraíso lo pierde el hombre tan pronto cobra su carta de naturaleza como animal escasamente programado por instintos y dueño de ese poder intelectual o sentimental, igual me da, que le hace divisar lo que le espera al fondo en el paisaje de su existencia y, a la vez, aclimatarse a la dureza del terreno que pisa.

*Los paraísos utópicos plantean problemas graves de solucionar por regla general cuando saltan del papel a la realidad*

*Los psicólogos  
hablan de la  
duración  
limitada de  
estos paraísos  
que, como otros  
productos de  
nuestra  
civilización,  
presentan fecha  
de caducidad*

Circunstancias diferentes, aunque con ciertos puntos en común con el anterior, concurren en el paraíso islámico. Para alcanzar éste se exige al hombre la entrega incondicional y absoluta de su vida, la normal, la de diario. Sólo así conseguirá la otra, ésa en que los hombres pueden disfrutar de las extraordinarias huríes. Queda en suspenso qué seráficos seres dispensarán placeres propios de su sexo a las señoras, si es que ellas pudieran alcanzar tal estado feliz; y, aún más en entredicho, si nos referimos a aquellos y aquellas que no cuenten con una sexualidad ortodoxa. En fin, es ése un paraíso *a posteriori* y resulta un incentivo para los pueblos semitas que tendían a considerar el Seol una glera inhóspita de lo más prosaica que quepa imaginar: cascajo en el cascajo, polvo en el polvo, muerte en la muerte. Estos paraísos de índole religiosa expresan la necesidad de recompensa que siente el hombre al tener que renunciar a la vida propia en aras de otros motivos ideales, considerados más altos, a la vista de una nada posible y amenazante en que se desvanecerá para siempre su ser.

Parece, pues, que la constante de los paraísos asociados a religiones se traduce en la necesidad de que el hombre entregue su ser o se anule del modo que sea. Mientras habitó el paraíso, Adán vivió en una animalidad soberana que anulaba todo proyecto. Por lo demás, el paraíso cristiano de ultratumba, cada vez más en entredicho, y el paraíso musulmán ofrecen sus benignísimas sensaciones con reserva del derecho de admisión para los muertos o para hombres muy particulares cuyos servicios a la causa de la divinidad hayan superado con mucho los de los mortales corrientes.

Durante la Antigüedad Clásica inventaron los poetas un *locus amoenus* idílico y paradisiaco con muy pocos elementos constructivos. Se trataba de paraísos menos inhabitables y mucho más humanos; me atrevo a decir humanísticos. El lugar volvió a ponerse de moda en el Renacimiento, así que los poetas de la época dieron en platicar con pastores y pastoras que, enamorados, entonaban canciones y más canciones a la sombra de árboles de tupida fronda, tumbados sobre la alfombra verde de amenísimos prados, salpicados de florecillas y climatizados por riachuelos que discurrían como espejos entre la espesura; era también imprescindible que los pájaros *con sus arpadas lenguas* envolvieran de armonía el paraje, perfecto de por sí. Lo malo es que estos pastores y pastoras andaban poco satisfechos de amor, así que aquel *marco incomparable* sólo les servía para llorar a gusto y entregarse al autocompadecimiento. Estos paraísos bucólicos no respondían, desde luego, a una íntima sensa-

ción de plenitud y felicidad; por eso, es preferible considerarlos lugares idílicos simplemente existentes sólo en tanto que el poeta necesita un paisaje de fondo para contar una historia de amor. Debe de ser porque el amor exige una enajenación tal que incluso atañe a los elementos que circundan a los amantes y, por eso, el paisaje se percibe como ideal y extraño a la realidad, aunque se fundamenta en ella misma; pero es éste otro tema. La ventaja de estos nuevos paraísos radicaba fundamentalmente en su posibilidad de ser, frente a los paraísos asociados a la religión. Esa factibilidad permitió diseñar jardines reales que ofrecían a cuantos podían pasear por ellos las sensaciones esenciales que pueden constituir cualquier paraíso a medida del hombre.

Después está el paraíso de la infancia, que casi nunca lo es hasta que no se alcanza la madurez y se valora lo perdido. Por cierto, el menoscabo habido resulta ser simplemente un déficit de la inocencia necesaria para valorar la inocencia. Quien es capaz de valorar la inocencia como tal tiene necesariamente que haberla perdido. Inocencia en sentido etimológico roza el significado de desconocimiento y desde el desconocimiento no hay posibilidad de valorar nada. Por tanto, si los niños viven en un paraíso —yo no lo creo—, eso ocurre porque ignoran que lo que viene después, es decir, al término de la infancia. Ese nuevo estado dominado por el conocimiento queda mucho muy lejos de lo que entendemos por un paraíso. En fin, el paraíso de la infancia, en todo caso, podríamos aceptarlo como un paraíso relativo, pues se establece siempre desde un punto de referencia mucho más crudo: el agobio de la madurez, su escepticismo recalcitrante, el desengaño profundo, etc.

Los paraísos utópicos plantean problemas graves de solucionar por regla general cuando saltan del papel a la realidad. En primer lugar, casi siempre exigen transiciones sangrientas alejadísimas de lo que entendemos por paraíso: revoluciones, guerras, depuraciones...; en segundo lugar, suelen terminar con una sensación de escaso rendimiento, cuando no dejan a su paso ruina económica y exterminio. Eso en el caso de que den la impresión de que pueden llevarse a la práctica y alguien, con ayuda siempre de otros menos tarambanas, decida acometer semejante empresa. Pensemos en las consecuencias de un paraíso como el nacionalsocialista y en el paraíso comunista, desmantelado poco a poco desde hace diez años más o menos. Como los otros paraísos, éstos exigen también o un alto grado de desconocimiento para quienes vayan a ocupar los sectores más bajos y menos gratos del orden social; o, por el contrario, un

*Los paraísos del siglo XX han alcanzado un grado de elaboración muy complejo, pues van asociados a la cultura de masas como era inevitable*

insuperable nivel de renuncia a la naturaleza del hombre mismo. Esos parecen, al menos, dos de los pilares básicos en que se construye el orden social en *El mundo feliz* de Aldous Huxley. La enajenación sea por métodos de selección genética, sea por la ingestión del *soma* se impone a los habitantes de aquel elíseo de bienaventurados sujetos a orden estricto,

*Una vez hemos  
diseñado un  
paraíso a partir  
de un lugar  
real, llega el  
momento de  
convertir la  
naturaleza  
existente en  
dicho paraíso.  
Se precisa una  
fortísima  
inversión y  
generalmente  
se paga un alto  
precio*

Los paraísos salvajes al estilo de Defoe en su *Robinson Crusoe* son el sueño del hombre cuando se topa con el desprestigio del mundo occidental. Ocurre también en el del *Candide* de Voltaire. Estos apacibles parajes o esas felices sociedades responden más a un reproche dedicado a la nuestra, que al verdadero deseo de alcanzar, fuera de ella, conceptos como el de la excelencia o la felicidad en la praxis misma. Sin embargo, en ambos siguen vigentes los elementos básicos que parecen constituir todos estos paraísos: renuncia a algo genuinamente humano (en el caso Defoe, se prescinde sólo en principio del progreso y de la compañía, pero se vuelve a ellos para enfrentarse a la naturaleza amenazante), y ese estado de gracia en que se estriba la inocencia (Cándido es un perfecto ingenuo, es decir, un nonato para el grupo, para la sociedad, para la humanidad, al menos occidental).

Uno de los paraísos más insistentemente cantados por la literatura de todos los tiempos resulta ser el paraíso del amor. No está constituido por un lugar, sino por un estado que resulta de una relación entre dos, casi nunca tres o más personas. Los más hermosos paraísos del amor han acabado muy mal, casi siempre porque los propios constructores del paraíso se alejan peligrosamente de la realidad, la minusvaloran o la rechazan abiertamente. Construyen para sí un mundo paralelo que se resume en un repertorio amplio pero finito de caricias, miradas y situaciones que conducen a más caricias y a más miradas. Es, sin embargo, un paraíso muy visitado, porque se basa en uno de los factores más importantes de la propia naturaleza del individuo humano; me refiero a su libido. No obstante, la misma literatura que construye estos paraísos, los desmiente. Pienso en infinidad de ejemplos hermosísimos: desde *Romeo y Julieta* a la novela de Cohen, *Bella del señor*, pasando por *Ana Karenina* y todas esas heroínas del didáctico siglo XIX. Además, los psicólogos, sobre todo los americanos, hablan de la duración limitada de estos paraísos que, como otros productos de nuestra civilización, presentan fecha de caducidad generalmente a los cuatro o cinco años de haberse producido el encuentro de los amantes y, por tanto, de la fundación del estado paradisiaco.

Los paraísos del siglo XX han alcanzado un grado de elaboración muy complejo, pues van asociados a la cultura de masas como era inevitable. Encuentro tres tipos de paraísos. En primer lugar, el paraíso funcional del *american way of life*, fruto del Positivismo del siglo XIX y del Neopositivismo del siglo XX. Fue un paraíso un poco peliculero y ñoño, pero, al menos en apariencia, ofrecía a sus usuarios el confort que la industria americana les proporcionaba a cambio sólo de un comodísimo trabajo (casi siempre asociado a la publicidad) en que se alcanzaba el éxito laboral, sin necesidad por ello de sacrificar las relaciones amorosas, familiares, vecinales, etc. Una bonita casa con perro y jardín, una familia encantadora en la que se comía pastel de manzana a diario y el pavo por el día de Acción de Gracias podían constituir los elementos esenciales para asegurar la felicidad a cualquiera. El problema surgía en los alrededores de ese sector de viviendas prefabricadas con porche, cuando el adolescente afroamericano quería ingresar en ese mundo y no le era dado hacerlo, porque ese paraíso tenía reservado el derecho de admisión. No obstante, para que un anglosajón ingresara en tal paraíso debía rechazar básicamente su capacidad para plantearse problemas existenciales y, sobre todo, indisponerse con su íntima angustia, prescindiendo de ella por completo. Por ello, tal vez, los personajes cinematográficos en que se encarnaba el perfecto habitante de este paraíso tenían algo de simples, de tontorrones y una bondad que en pocos seres humanos de verdad hemos sido capaces de divisar. Se ve que a algunos intelectuales, como Tennessee Williams, aquel paraíso no le parecía tan maravilloso como el Hollywood más benigno nos quiso pintar.

El segundo paraíso se vendió en su día con rasgos ya señalados aquí para otros paraísos. En primer lugar, ofrecía una huida de la sociedad rechazada y un premio a la inteligencia que había sido capaz de darse cuenta de los males de la sociedad. La huida tenía necesariamente que ser hacia mundos no definibles territorialmente, en los que el hombre no estuviera sujeto a condicionamiento alguno. La Filosofía había estimado un repertorio grande de posibilidades para la confección de paraísos. Esos espacios sólo podían ofrecerlos las artes y las drogas. El ejercicio de ambas había sido exclusivo de la élite dirigente, pero ahora había que vulgarizarlos para darles rentabilidad económica. Así nos encontramos con el Arte Pop y la parafernalia que arrastra tras de sí, y así se difunde también el patrón de ser excepcional que consume drogas, unión perfecta de lo uno y lo otro. Algo parecido había ocurrido ya a principios de siglo con el LSD y lo más egregio de la intelectualidad del

*El paraíso se convierte así en un negocio que hay que rentabilizar a toda costa*

momento. Sin embargo, por aquel entonces el mundo artístico no se presentaba, como he dicho, de observadores inexpertos. Fruto de una difusión concertada de drogas, rebeldía y sofisticación hemos podido ver que el mundo se ha llenado de artistas en potencia y de seres que fueron humanos destrozados por el uso de eso que llaman estupefacientes. Si Aldous Huxley y Robert Graves alcanzaron el conocimiento del paraíso gracias a sustancias como el citado LSD o de hongos alucinógenos, lo cierto es que el opio en oriente y la heroína en occidente no ha producido, vistos desde fuera, a seres que den la impresión de habitar un paraíso. Corre el rumor insistente, incluso, de que dichas sustancias fueron utilizadas en determinados momentos por el poder establecido para disolver focos críticos que amenazaban la estabilidad del sistema.

El último paraíso roza la perfección en todos los sentidos. Es un paraíso multitudinario; se desarrolla en muchos lugares; está al alcance de muchos bolsillos; no tiene efectos secundarios; constituye el premio al trabajo bien hecho, pero a la vez ofrece el bien por excelencia de nuestro días: el ocio; ofrece parajes de belleza no sólo espectacular, sino extraordinaria; para colmo, en estos paraísos no está presente en apariencia la muerte, porque escasamente conocemos a las personas con que compartimos el lugar idílico y no hay tiempo para el envejecimiento; esto es una consecuencia del plazo breve en que disfrutamos dicho paraíso, lo cual además es una ventaja pues no nos da tiempo a reconocer la vulgaridad de los elementos que lo integran. Estoy hablando de los paraísos turísticos.

Es fundamental contar con una geografía propicia a la invención del paraíso. Por ejemplo, se ha de poder construir un jardín, tenga éste la estética que sea. Sirve el jardín japonés, el italiano, el inglés y, especialmente, el jardín aparentemente salvaje. El jardín enraíza con elementos tomados de otros paraísos: el Edén, el *locus amoenus*... Si ese jardín está a la orilla del mar o de un lago, es decir, junto al agua, dicho elemento añade otro de un interés excepcional; bien sea por lo espectacular del mar: oleaje, fondos hermosísimos, calma...; bien por la carga simbólica que el hombre ha unido a las aguas desde los orígenes de su literatura.

Puede ocurrir que otros paisajes menos idílicos resulten atractivos; sin embargo, han de ir avalados por una carga literaria o artística imprescindible; pienso en Florencia, Venecia, París, Granada o Lanzarote. En todos estos casos, el fenómeno literario o artístico precede a la conversión del lugar en un foco del turismo internacional de masas. Sobra explicar los cuatro casos primeros, de sobra

*El visitante  
percibe sólo el  
decorado idílico  
que se le ofrece  
porque no tiene  
tiempo  
suficiente para  
percibir nada  
más*

conectados a la Historia del Arte y la Literatura. El caso de Lanzarote es especial, porque es más nuevo.

El atractivo del paisaje lanzaroteño se basa en la adjetivación que en su día recibió: lunar; y además en un fenómeno artístico que se dio en el territorio: la intervención estética en el paisaje por parte del hombre, llevada a cabo por César Manrique. Por tanto, desde ambos conceptos, arte y literatura, se constituía el atractivo de un paisaje, al que se asociaban otros conceptos como: lugar retirado, vida sencilla, jardín extraño y minimalista, volcanes espectaculares y mar, mucho mar..., agua, mucho agua. Añadamos a todos estos factores una tradición literaria que ya había hecho de las islas Canarias desde la Antigüedad un paraíso afortunado.

Una vez que hemos diseñado un paraíso a partir de un lugar real llega el momento de convertir la naturaleza existente en dicho paraíso. Se precisa una fortísima inversión y generalmente se paga un alto precio.

El peligro de los paraísos del turismo de masas radica en la necesidad de infraestructuras y estructuras que exigen dar hospitalidad a sus visitantes. El paraíso se convierte así en un negocio que hay que rentabilizar a toda costa. Instituciones e individuos, autóctonos o foráneos, ponen en juego todos los recursos a su mano para que la repartición de los beneficios que produce el paraíso alcance a todos; por descontado siempre a unos más que a otros y siempre en relación con la inversión que cada cual realizó en su día. El interés entra en conflicto con esa Arcadia feliz y artificial, cuando la economía impone su necesidad de expansión constante y cuando los usos y costumbres del paraíso alcanzan a la población que estaba antes y que no visita el lugar para consumir paraíso.

Por eso, estos paraísos turísticos tienen dos dimensiones: de un lado, la vertiente paradisiaca de la que disfruta fundamentalmente el huésped; de otro, la vertiente industrial de la que se benefician muchos y, en conjunto, el grupo social que habitaba el paraíso antes de serlo. El visitante percibe sólo el decorado idílico que se le ofrece porque no tiene tiempo suficiente para percibir nada más: su estancia en dicho paraíso es breve y rara vez supera los diez o quince días. Además, contrasta el ocio en que vive su estancia con el trabajo rutinario y los problemas que invaden su vulgar existencia en otro lugar. El paraíso lo libera de esos problemas momentáneamente y esa sensación de libertad se añade a la contemplación del espectáculo natural o artificial que le ofrece el paraíso. La ausencia de preocupaciones y la sensación de libertad lo prepara para otros

*La vida cotidiana convierte el paraíso en territorio*

*Parece que  
cuanto más  
desgraciada sea  
la vida del  
hombre, mayor  
relieve  
alcanzará el  
paraíso que  
fabrique*

encuentros humanos con gentes que se hallan en situación semejante. Sin la ansiedad provocada por el trabajo, las rutinas y las obligaciones surge más fácilmente la amistad, cuando no el amor. Así el círculo del paraíso se completa: se ha conseguido la felicidad durante quince días y a escaso precio, si se la compara con el precio de un frigorífico o de un buen abrigo. Añadamos a esto algo que ya hemos mencionado antes; el tiempo breve en que se viven estos paraísos impide, por regla general, contemplar la evolución de nuestros compañeros de trabajo, de nuestros vecinos, sus problemas, su deterioro físico, sus enfermedades, su muerte. En los paraísos no existe la muerte. Puede ocurrir por casualidad, pero en el caso de producirse se ignora.

Para quienes viven el paraíso como lugar de trabajo, las ventajas de dicho lugar decrecen considerablemente. La costumbre emborrona, a menudo, la magnificencia del paisaje, sus atractivos. Están presentes los problemas de la vida diaria: la hipoteca, el seguro del coche, la evolución escolar del niño, la precariedad del empleo, las relaciones de vecindad, etc. La vida cotidiana convierte el paraíso en territorio, en hábitat en el que la existencia discurre sin enajenación y con la imprescindible necesidad de previsión. Ello anula el elemento básico de cualquier paraíso, incluso de los paraísos artificiales al alcance de cualquiera: la inocencia, es decir el desconocimiento; y conlleva, por otro lado, la angustia de la lucha existencial y del futuro, así que desaparece también el segundo pilar emocional de cualquier paraíso. En fin, baste recordar que uno de los aspectos a que se condenó a los expulsados del Edén fue precisamente el trabajo.

El deseo de felicidad del hombre construye paraísos en la tierra y su miedo al vacío en que le sume la muerte adorna tales paraísos con los aspectos más gratos que le ofrecieron los efímeros momentos felices de su existencia e incluso llega a transportarlos a una vida ultraterrena. Parece que cuanto más desgraciada sea la vida del hombre, mayor relieve alcanzará el paraíso que fabrique. Me temo que los movimientos de masas típicos del pasado siglo produjeron la más espectacular de las vulgarizaciones de cuantos paraísos fabricaron los hombres.

Quizá los humanos, en medio de ese marasmo resacoso de tanto paraíso, sepan abrir el camino hacia el que definitivamente nos ofrezca la dosis de felicidad a la que decididos aspiramos. Presiento que ese viaje exigirá un regreso hacia dentro.